

Alberdi y la interpretación monárquica de la historia americana

Escribe: ENRIQUE DE GANDÍA

Los historiadores argentinos, salvo algunas rarísimas excepciones, y, en general, los americanos, han interpretado la inmensa guerra civil que desde 1808 dividió a los pueblos del Nuevo Mundo como una revolución en contra de España y como una aspiración indiscutible a la forma republicana de gobierno. El odio a España y el amor a la república fueron los fundamentos de la enseñanza de la historia en todas las instituciones de cultura. Estos fundamentos historiográficos y pedagógicos crearon las mentalidades de las generaciones que han vivido en América a lo largo de un siglo y medio y, sin duda, seguirán influyendo en el futuro. Los conceptos están arraigados de un modo profundo. El convencimiento en un antihispanismo y en un ferviente republicanismo no es discutido. Cuando algún historiador habló de ideales monárquicos en América fue refutado y silenciado. El arma del silencio fue más fuerte que la polémica. La polémica se advirtió muy pronto que no convenía, que era peligrosa y podía llevar a resultados insospechados. El silencio hacía olvidar las dudas y dejaba en pie, intactas, las viejas enseñanzas. Esta norma de combate o de defensa de una historiografía comprometida con un principio, que buscaba el éxito y no la verdad, tuvo cultores sinceros, que creyeron en ella, y otros que la esgrimieron con el convencimiento íntimo y oculto de que sostenían una tesis falsa. Tan exacto es lo que decimos que quienes han estudiado historia en colegios y universidades o son aficionados a lecturas históricas saben muy bien que muy pocas veces se alude al monarquismo de algunos próceres y que no hay

una sola obra que, al analizar las ideas de nuestros historiadores, coloque entre ellos, como historiador, a Juan Bautista Alberdi y nos revele cuáles eran sus pensamientos respecto al monarquismo de nuestros orígenes independientes y de los grandes hombres de la historia argentina y americana.

En 1863, Alberdi escribió su libro *Del gobierno en Sud América según las miras de su revolución fundamental*. Este libro, repetimos, no es mencionado por los historiadores de la historiografía argentina y quienes estudian las ideas de Alberdi arrojan sobre él un piadoso manto. No es precisamente el manto de la piedad, sino de la incomprensión.

Alberdi dedicó su obra a San Martín, a Belgrano, a Bolívar y a Sucre. Se declaró su intérprete y expresó que su libro nada contenía que no fuese el pensamiento de esos hombres. Y agregó: “Solo para los enemigos de la América puede ser crimen tener en materia de gobierno los ideales de Bolívar, de Belgrano y San Martín, tenidos por los autores de su independencia”. En efecto: mucha gente le había aconsejado que no se metiese “en eso”. Alberdi dedicaba su libro a la gloria de los que habían muerto, “pues los muertos y los que no han nacido no dan honores al que vive, ni empleos, ni recompensas”.

Alberdi escribió su obra en los instantes en que Napoleón III imponía a Méjico la monarquía de Maximiliano. Su vida entera la había consagrado al ideal de ver convertidos en realidades los afectos “de ese movimiento que se ha llamado la revolución de América”. ¿Qué había sido esa revolución? ¿Había sido un cambio malsano, efímero y transitorio? ¿Cuál había sido su origen? ¿Quiénes habían sido sus autores? ¿Cuál había sido su objeto? Alberdi recordaba los repiques de campanas, a media noche, en Tucurján, cuando llegaron las noticias de los triunfos de Chacabuco y de Maipú. Había oído los cañones del 24 de septiembre y se había sentado, de niño, en las rodillas de Belgrano. También evocaba las músicas del baile que se dio en Tucumán para festejar la declaración de la independencia. Había conocido a Rivadavia, a Las Heras, a San Martín, a Pinto, de Chile, a Díaz Vélez, a Lavalle, a Paz, a La Madrid, a Alvear, a Olazábal, a Flórez, del Ecuador, y a Rodríguez. Con los años había modificado muchos de sus juicios. Se habían debilitado respecto a los hombres y fortalecidos en lo que se refería a los principios. Estos principios eran, para Alberdi, la declaración

de los derechos en Inglaterra, los principios de 1789 y los de la “revolución de Mayo”. Los demagogos habían alterado esos principios. Habían convertido la revolución de América en un monstruo “y para embellecer este aborto han afeado el pensamiento de sus gloriosos autores”. Había que volver a la patria primitiva, “restablecer el sentido genuino de la revolución; releer sus grandes textos e inspirarse en ellos”. Los fariseos de la república se disfrazaban ante los pueblos con los vestidos robados a los grandes hombres y substituían el evangelio del orden y de la libertad por el de su egoísmo. Alberdi quería el fin de la forma de gobierno que producía tantas revoluciones y tantos males. Ese no había sido el objeto de la llamada revolución americana. Quería —digámoslo claramente— la monarquía en América porque el ideal monárquico había sido el de los constructores de la independencia. Ahora se comprenderá por qué este libro y estas ideas de Alberdi muy rara vez son mencionadas, o nunca. El mismo Alberdi sabía el aislamiento en que se encontraba. Por ello decía: “En esta campaña estoy solo, no tengo aliados; trabajo con los muertos. Mis compañeros de armas, o más bien, mis generales, son Bolívar, Belgrano, San Martín, Sucre, porque no hago sino asimilarme sus ideas, cumplir su pensamiento, obedecer sus órdenes, porque la posteridad agradecida debe tomar como órdenes y mandatos las últimas voluntades de sus grandes hombres”.

Alberdi declaraba que su libro no era un proyecto ni un plan de monarquía. Explicaba cuál era la forma de gobierno que más convenía a la América del Sud. La república no era un dogma, algo indiscutible. Podía discutirse porque nunca acababa de constituirse. Las ideas que exponía en su libro estaban en oposición con las que había sostenido en otras oportunidades. Podía estar equivocado en las actuales y no en las pasadas. Había sacado sus convicciones de las mismas fuentes en que las habían obtenido Bolívar, San Martín, Monteagudo, Rivadavia y Belgrano. La monarquía era conveniente a toda América. América tenía el derecho de dársela a sí misma y no recibirla del extranjero. Alberdi declaraba que se sentía republicano por instinto y educación; que la república es el bello ideal del gobierno, pero que por desgracia el mundo vivía de lo real. La monarquía no se adoptaba por gusto, sino por necesidad. Garibaldi amaba la república; pero había servido la monarquía porque era la voluntad de su país. Alberdi repetía que era republicano porque

la república era la expresión de la voluntad de su país, pero que discutiría la república, sin dejar de obedecerla, porque no era un dogma. Haría con la monarquía lo que se hace con una mala ley civil. Alberdi, en los ocho años que había sido ministro en París y en Londres, no había querido ver a reyes, ni había aceptado condecoraciones, ni había tenido sirvientes con librea. Había conocido las repúblicas de Estados Unidos y de Suiza y sabía lo distante que se hallaban de ellas los países sudamericanos. No ignoraba el efecto que produciría su libro. Los demagogos, los aduladores del pueblo, los que se abstenían “escrupulosamente de decir, de escribir, de hacer nada que desagrade al pueblo”, juzgarían ese libro. “Cuento desde ahora con el odio, no del pueblo, sino de los explotadores del pueblo”. La forma de gobierno había ocupado más la atención de los políticos que el gobierno en sí. Rosas había hallado la solución “siendo impracticables todas las formas de gobierno, el medio de no reñir por formas era vivir sin gobierno nacional alguno”. La inquisición no había muerto, había cambiado de dolor: en vez de española era americana. No era una falta tener las ideas de Belgrano, de Rivadavia, de San Martín, de Bolívar y Sucre.

Estamos comprobando cómo Alberdi historiador acudía a los documentos de la independencia y, en primer término, a las ideas que habían tenido los hombres que la habían forjado. Es lo que hemos hecho nosotros, desde hace varias décadas, atrayéndonos, por ello, la oposición de muchos colegas. Alberdi no comprendía por qué había que seguir y repetir una historia adulterada, falsificada, que contenía y enseñaba ideas muy diferentes a las que habían tenido los padres de la patria. Ingenuamente se preguntaba: “¿Qué ha sucedido después de ese tiempo para que sea crimen hoy día tener las ideas de los libertadores de América de aquel tiempo?”. Lo que había sucedido era muy simple: unos cuantos historiadores mal informados, conducidos por la prédica hecha en los años de la independencia en contra de España y, poco después, en favor de la república, quería ocultar que la guerra de la independencia no había sido una revolución, sino una guerra civil, y que los grandes ideales políticos de los hombres que nos dieron las patrias americanas habían sido monárquicos. Alberdi, libre de las presiones amistosas, sociales y políticas que encadenaban a otros historiadores, advirtió en seguida estas verdades y las dijo a gritos. Al igual que a nosotros en nuestros años se intentó hacerlo callar. Al no con-

seguirlo —siempre lo mismo— se le silenció. Alberdi no quería la monarquía, ni menos que llegase a América como había ido a Méjico. Quería que se supiese la verdad de la historia, que la monarquía no asustase como una amenaza y que si debía llegar que fuese por la voluntad libre de los americanos.

Las repúblicas ensayadas en América habían sido peores que las monarquías de siglos anteriores. Debemos aclarar, desde un comienzo, que todo cuanto dijo Alberdi en favor de una monarquía no fue para que se instalase en América, sino para defender una república de tipo “fuerte”. Coincidió, tal vez sin saberlo, con Monteagudo y con San Martín. Entre tanto, los hombres de estudio y los gobiernos debían conocer los verdaderos orígenes y causas de la existencia libre de sus países. Alberdi reconocía que San Martín y Belgrano eran los autores y creadores de la república Argentina, pero aconsejaba no olvidar, que “ese no es más que el origen poético y de convención de ese nuevo Estado, que debe en realidad su establecimiento a las causas generales que han substraído la América entera a la dominación temporal y artificial de la Europa”. El conocimiento de estos hechos debía servir a los filósofos de la historia y a los políticos para saber qué caminos debían tomar en la conducción de sus patrias en el futuro.

“Esta es la parte difícil y prosaica de su historia, porque no promete a sus autores sino disgustos, peligros e impopularidad”. Alberdi escribía estas líneas hace un siglo. Nosotros hemos pasado esos disgustos, esos peligros y esa impopularidad por el simple hecho de decir verdades. Las verdades son lo que más combaten ciertos maniáticos de la historia, unos por ignorancia y otros por principio. Alberdi continuaba la exposición de sus ideas con afirmaciones rotundas. “No —decía—; la revolución de Mayo no fue Moreno; como la guerra de la independencia no fue San Martín; como la unidad de la Nación no fue Rivadavia; como la tiranía de Buenos Aires no fue Rosas; como la organización general no fue Urquiza”. Esa media docena de hombres no había impedido que el país siguiese siendo colonia de España. Era un insulto al buen sentido, afirmaba Alberdi, pretender que gracias a San Martín y a Bolívar una quinta parte del mundo no seguía siendo un feudo de España. Los historiadores que se decían demócratas y republicanos no concedían nada al poder de los pueblos y suponían que los destinos de su país habían dependido “de media docena de soberanos de frac negro

a quienes adjudican toda la gloria y toda la acción de esas transformaciones naturales, en el sentido de lo mejor y más progresista". Los reyes decían que lo eran por la gracia de Dios. Los demócratas no querían creer que los pueblos eran soberanos por esa misma gracia divina. Era una simpleza suponer que la independencia americana había surgido de los esfuerzos de dos o tres generales. Tenía causas más altas y más grandes.

Alberdi, como otros muchos historiadores de su tiempo y del nuestro, creía que la independencia americana era una continuación o un resultado de la revolución francesa de 1789. En otras páginas hemos explicado más de una vez que esa revolución no tuvo la más mínima influencia en América y que, además, fue odiada, despreciada y combatida precisamente por todos los hombres de la independencia. Alberdi confundió revolución francesa con lo que él presentaba como causa directa de la independencia americana: la libertad política, civil, religiosa y comercial; la democracia o el derecho de la nación a gobernarse por sí misma; la igualdad, la conservación del territorio, el libre trato con todas las naciones, el bienestar, el progreso, la riqueza, el aumento de la población, etcétera. Para alcanzar estos fines, cuyos orígenes son muy anteriores a la revolución francesa, los americanos tuvieron que combatir al gobierno español absolutista, que se oponía a ellos, y adoptar un régimen de libertad.

No había que atribuir la independencia de América a un odio americano contra la Europa. Esa opinión hizo consistir el patriotismo americano en una prevención a todo lo europeo. Los americanos, con esta doctrina, se convertían en guardianes de su propio aislamiento colonial. Tampoco había sido la independencia obra de una reacción del americanismo indígena y salvaje contra la conquista de los españoles y europeos en general. Es notorio que los indígenas apoyaron a las autoridades españolas.

Las *Memorias* que de su vida publicó el Príncipe de la Paz, don Manuel Godoy, fueron leídas en su tiempo por más historiadores y políticos que los de hoy en día. Alberdi las analizó atentamente y expuso el proyecto godoyano, en cierto modo parecido al del conde de Aranda, de dar la independencia a América por medio de los infantes de España convertidos en príncipes regentes. Ese proyecto habría salvado a América de sus innume-

rables guerras civiles y a una parte de la familia real española. El ministro Caballero logró que Carlos IV no lo aceptase. Napoleón dominó España, vino la revolución del 2 de mayo de 1808 y, con ella, la guerra civil de donde terminó por surgir la independencia de América. Alberdi se pregunta si el plan de Godoy no se relacionó con la propuesta que Rivadavia y Belgrano, por una parte, y Sarratea, por la otra, presentaron a Carlos IV. Fue el primer historiador que tuvo esta sospecha, realmente notable por todo lo que sugiere. Pero Alberdi creía más en los intereses económicos de Europa que en planes políticos. Esos intereses, según él, habían sido los soldados que habían independizado América. Europa había hecho la independencia de América y la había conservado hasta ese momento. Cuando Francia dejó a España y América sin rey, dejó a ambos países dueños de sí mismos. Esa posición fue para España el principio de su vida representativa; para América, el de su soberanía popular. Alberdi sabía muy bien lo que hoy solo conocen los historiadores más eminentes: América nunca formó parte de España; América era un país independiente que tenía un rey que casualmente era también rey de España. Por ello, dice Alberdi, como América dependía del rey y no de España, el cautiverio del rey la dejó independiente. Con tan pocas palabras, Alberdi explicó a sus lectores lo que innumerables historiadores no han sabido nunca explicar con gruesos tomos. El pueblo acudió a las leyes que lo autorizaban a erigir juntas gubernativas providenciales en los casos de cautiverio o ausencia del rey. La ley III, título 15, partida 2^a, permitió la creación de la Junta de Sevilla. Estas conclusiones, que Alberdi expuso con sencillez y claridad suma, son las que han alcanzado algunos historiadores contemporáneos nuestros como conquistas de su gran erudición. Nótese cómo Alberdi no cae en la ridiculez, entonces en voga, de creer que la independencia había surgido de una sociedad de siete sujetos y otras simplezas semejantes. Dice lo que las investigaciones de Julio V. González, por ejemplo, han demostrado tan brillantemente: "La Junta de Sevilla invitó a la América a hacer otro tanto, como parte integrante que era de la nación española". Es decir: Sevilla invitó a los americanos a crear sus Juntas populares de gobierno. El sistema de las Juntas surgió por indicación y aprobación de los españoles de España y América. En aquellos momentos, los españoles, olvidados de que América había sido incorporada a la corona de Castilla por Isabel la Católica, creyeron que integraba la nación española. Por ello orde-

naron a los americanos a instalar sus Juntas. Cuando, a raíz de los desastres frente a los franceses, se creó el Consejo de Regencia, los españoles y los americanos se dividieron en partidarios de las Juntas y partidarios del Consejo y surgió la guerra civil que algunos historiadores todavía llaman revolución.

La fábula de la simulación monárquica no fue aceptada por Alberdi, como no lo es por los historiadores serios. Alberdi no creyó en una revolución. Estuvo de acuerdo con la interpretación que Rosas dio de los hechos de mayo: la misma que ofrecían todos los hombres notables del tiempo. “Revolución —se preguntaba Alberdi— ¿contra quién? ¿Contra el rey? Estaba prisionero y cautivo. ¿Contra las Juntas españolas que lo representaban? Ellas mismas habían invitado a Sud América a crear Juntas de su especie. ¿Contra la ley? La ley misma autoriza esas Juntas. ¿Contra los virreyes y los representantes del rey? Ellos mismos renunciaban su poder y convidaban al pueblo a crear Juntas gubernativas. ¿Contra los cabildos? Los cabildos mismos nombraban las Juntas de acuerdo con el pueblo, conforme a la ley”. Sí hubo una revolución, esa revolución fue europea, en contra de Napoleón, no en contra de España.

Frente a estas explicaciones, que alejaban las leyendas de los conspiradores, de los traidores, de las simulaciones monárquicas, etcétera, es lógico que los historiadores que las habían creado y los intelectuales sin luces que creían en ellas reaccionasen en contra de Alberdi y, no pudiendo replicarlas, acudiesen al procedimiento tan eficaz del silencio. Alberdi tuvo una intuición magnífica que José León Suárez comprendió y que nosotros hemos desarrollado con otra documentación y amplitud. Alberdi no vio claro el problema del Consejo de Regencia de Cádiz, causa de la guerra civil con los partidarios de las Juntas. Supuso que la guerra surgió del choque de los españoles y de los criollos excluidos de todo gobierno. Se dejó sugestionar por la fábula entonces de moda, de la ambición de los criollos que empezaron por alejar del gobierno a los españoles y terminaron alejando al rey. El hecho, en realidad, fue así, pero faltaba explicar el por qué de ese alejamiento, debido a la guerra civil entre jun-
tistas y consejistas y no a odios de razas. En cambio, comprendió perfectamente que los nuevos gobiernos americanos, las Juntas, se instalaron para defender a Fernando VII, prisionero de Napoleón. “No hay documento ni papel de esa época que no diga

lo mismo". Se trata de toda América; pero los fabulistas, para defender sus leyendas, acudieron al procedimiento de afirmar que cientos y miles de personas que actuaron de ese modo en todo el continente eran unos simuladores.

Alberdi vio perfectamente el proceso de la independencia americana como parte del gran proceso europeo de la lucha contra Napoleón. Hasta los llamados revolucionarios americanos recibieron su educación en Europa. La lista es larga. Muchos de ellos volvieron a Europa para morir en ella. Todos tuvieron ideas monárquicas. Alberdi conocía las negociaciones del ministro y del consejo de Bolívar tendientes a monarquizar a Colombia: documentos redescubiertos en estos últimos años y que dieron lugar a polémicas ruidosas. El historiador Restrepo los había divulgado. Decía Alberdi: "Ni él (Bolívar) ni nadie acusó ni persiguió al Consejo por ese negocio que Bolívar desautorizó por temor de perder su popularidad amenazada por Páez y los representantes de Venezuela que después de aconsejarle que se coronase él mismo le acusaban de traicionar la república".

La masonería tuvo una influencia muy grande en la lucha por la libertad. Alberdi glosó lo que entonces y ahora se repetía de estos hechos. Creyó en las tradiciones que presentaban a Miranda como fundador en Londres de una sociedad secreta. Nosotros hemos puesto en claro que esa sociedad no la fundó en absoluto Miranda, sino Carlos de Alvear con San Martín y otros personajes llegados expresamente de Cádiz. Alberdi sintetizó el origen de la independencia americana con palabras exactas y llenas de luz. "El día que Napoleón I hizo cautivo a Fernando VII, creó en Sud América catorce naciones independientes. Tomar al rey era destituir a los virreyes, sus agentes que gobernaban las catorce colonias de Fernando en Sud América. La América lo entendió así, y los desconoció como autoridades legítimas declarándoles caducos. Se consideró acéfala y vacante y en vista de eso se dio gobiernos propios. Restaurado Fernando al trono, no quiso aceptar la autonomía de América, que había resultado natural de un cautiverio y dio principio la guerra de la independencia, en que triunfaron la distancia, el valor de los americanos y la cooperación de la Europa liberal, contra la pobreza, la ruina y la mala política de España". América adoptó la forma de gobierno republicana. Para Alberdi, este fue el mayor de los males.

No coincidimos en algunos puntos con la interpretación de Alberdi. Hemos sostenido que el fin de la guerra civil americana fue la libertad, y el medio, la independencia. No hubiéramos deseado ser independientes si hubiéramos sabido que no íbamos a ser libres. Nadie busca la independencia para caer en la tiranía. Alberdi suponía que la libertad era un medio para llegar a la civilización. Es una diferencia de palabras y conceptos que tiene escasa trascendencia. Otro valor, en cambio, es el de su tesis centralista: "La república centralizada y fuerte debe reemplazar a la república federativa y débil, en interés de la revolución".

La forma de gobierno en América no dependía de un nombre, sino de lo que significaba ese nombre. "Entre la República de Estados Unidos y la monarquía española —explicaba Alberdi— sería estúpido el ser monarquista; entre la República de Bolivia y la monarquía inglesa sería estúpido el ser republicano". Con estas palabras suponemos que se ha entendido lo que pensaba Alberdi. El no condenaba la república como debiera ser, sino como era. América, por su legislación civil y su religión era una sociedad eminentemente monarquista. La monarquía acercaba América a Europa. La república no nos acercaba a Estados Unidos. Ninguna relación existía entre el Norte y el Sud. La república nos mantenía débiles y si éramos federales, tanto mejor: con el federalismo, tres provincias mejicanas habían pasado a los Estados Unidos.

La monarquía era el gobierno del rey, de la aristocracia y del pueblo. El rey reina, la aristocracia gobierna, la democracia impera". En los despotismos, todo el mundo es déspota y nadie es libre. La república era, en América, más exótica que la monarquía. Pero todos querían ser los gobernantes. Nadie se daba cuenta que para ser libres sin excepción no debía haber hombre ni clase excluida del gobierno. América tenía una complexión monárquica. La elección dependía de las tradiciones históricas del país y éstas eran monárquicas. América tenía un pasado, durante la colonia y en la historia de Europa, totalmente monárquico. América había entrado en una lucha por la forma de gobierno. La lucha de la independencia había pasado. La realidad era que no había un gobierno. En América no eran malas las gentes; eran malas las instituciones. Si se daba el poder a un hombre se creaba un sultán; si se daba a una clase se creaba un Consejo de los diez, de Venecia: pavoroso; si se daba al pueblo

se creaba “el peor de los despotismos, el despotismo anónimo, irresponsable, ciego, impetuoso y violento como el torrente, que las más de las veces obra por el brazo de un dictador o de un caudillo, eco fiel de todas sus furias, que lo mismo enciende por su parte”. La monarquía constitucional limitaba el poder del uno por el poder de los demás. Era la forma de gobierno que defendía Alberdi. Y la que convenía a la Argentina.

Alberdi contemplaba el país argentino sin gobierno. Todas las formas ensayadas habían sido inaplicables. Era lo que Rosas había explicado a Quiroga en su célebre carta. Esa era la teoría de Buenos Aires. Cincuenta años llevaba el país sin gobierno. El gobierno de Mayo de 1810 había sido de carácter monárquico porque reconoció y juró a Fernando VII. En 1814, Rivadavia y Belgrano ofrecieron la corona de América a Carlos IV y a Fernando VII. Alvear quiso entregar estas tierras a Gran Bretaña. Alberdi no ignoraba esos pasos que habían dado nuestros próceres. En el Congreso de 1816, todos sus miembros eran monarquistas. Así lo supo y dijo Alberdi. Dardo Pérez Guilhou lo ha confirmado en un precioso libro. Belgrano llegó a pensar en una “dinastía salvaje de los Incas”. No se habló de república en los proyectos de Constitución de 1817 ni de 1819. La primera Constitución en que se habló de república fue la unitaria de Rivadavia, de 1826. Rosas, en 1835, recibió de Buenos Aires la suma del poder público: un poder superior al de los virreyes. Solo después de Rosas se consagró la república en los textos constitucionales. Y vinieron la guerra civil, calamidades, atraso. Así hablaba Alberdi.

En América, —continuaba Alberdi—, se podía ser ateo, negar a Cristo, al Papa y a Lutero, ser mahometano, poner en duda el derecho de propiedad y la santidad del matrimonio; pero no dudar de la república ni aplaudir la monarquía. Es porque la monarquía sonaba para todos como “la abolición de la industria política, del monopolio o aristocracia militar”. La América republicana era un país más esclavo que Turquía. Los presidentes habían substituído a los virreyes en su papel de exprimir a los pueblos excoloniales de España. “Los únicos que han sido hechos a un lado son los Bolívar, los San Martín, los Sucre, los Belgrano, excluídos como traidores o sospechosos a esa patria que les debe la independencia. Después de haber acabado así sus días, hoy tienen estatuas en las plazas públicas”.

La revolución, la independencia de América, no tenían por qué ser identificadas con la república. Tampoco había que hacer sinónimos república y país. Estas confusiones respondían al egoísmo. "República significa: el gobierno para mí". La república no había sido proclamada en ningún momento. ¿De dónde había salido? Vino porque faltó el rey; pero quedar sin rey no era quedar republicanos. Europa se negó a fundar tronos en América y no hubo otra salida que gobernarse en forma de república. No olvidemos que San Martín, en 1821, propuso al virrey Laserna la creación de una monarquía independiente con un príncipe español, y el virrey rechazó la propuesta. España, en el mismo año, desaprobó el Plan de Iguala, de Iturbide, y el Tratado de Córdoba, que ofrecían el trono de Méjico a un príncipe español. En 1829 fracasó Colombia en sus proyectos monarquistas. Alvear había querido entregarse a Gran Bretaña y a España. El mariscal Santa Cruz, los peruanos Torre Table y Riva Agüero habían querido hacer lo mismo. En 1844, Nicolás Anchorena aconsejaba a Rosas el protectorado de Inglaterra. Monroe ni su doctrina no se opusieron a los imperios de Iturbide en Méjico y de don Pedro de Breganza en el Brasil ni al proyecto de presidencia vitalicia de Bolívar. En las repúblicas, la nación de hoy era siempre enemiga de la nación de ayer. No era necesario, en América, cambiar la república en monarquía. Bastaba dar a la república una centralización y una inamovilidad. Y, sobre todo, una libertad. Alberdi hacía conocer a los hombres de su tiempo el gran defecto que sufría América. Ese defecto es el mismo que aún se hace sentir hoy en día. Alberdi no consiguió vencerlo, pero lo desenmascaró. Sus enemigos nunca reprodujeron las líneas que ahora vamos a leer. Nosotros hemos luchado contra esa misma falta de libertad, contra la historia dirigida que tanto daño hizo a nuestro país desde el 1830 en adelante. Nada nos importaron los ataques de hombres que hoy nadie recuerda, pero que entonces hacían imposible la existencia intelectual a quien no pensaba como ellos. Decía Alberdi:

"La república sin libertad hace imposible el cultivo de la política y de la historia como ciencias.

Esas dos ciencias son cultivadas únicamente como arte de elevarse al poder y a la riqueza. Los libros, que en ellas se hacen, son libros de reclamo, trabajos de candidatura, manifiestos dirigidos a las preocupaciones dominantes para pedirles votos y simpatías; es decir, empleos y poder. Tal es el libro de Mitre,

Historia de Belgrano; tal es la *Historia argentina*, de Domínguez; tales son los prefacios de Calvo en su *Colección de tratados antiamericanos* o españoles y portugueses; tal es la *América* de Lastarria.

La verdad es conocida de todos, pero nadie se atreve a escribirla si es contraria a una preocupación dominante.

En ciudades y países pequeños donde todos los escritores son conocidos de nombre, de persona y de estilo, la emisión de la verdad expone a los mayores inconvenientes.

Así, el escritor no tanto se preocupa de investigar la verdad y decirla, como de conocer la opinión que más prevalece, y de escribirla, aunque en su conciencia sea contraria a la verdad. A menudo el escritor tiene dos opiniones: una pública, otra secreta. Y cuando se le prueba que su opinión ostensible no es su opinión secreta, él se excusa con esta reflexión: ¿Quiere usted que yo me haga insultar, perseguir, excomulgar?”.

América no era un país joven. Era la Europa de ayer. En América se consideraba lo más nuevo lo que llegaba de Europa. Los presidentes en un término medio de cuatro años de gobierno no tenían tiempo para vengarse de quienes se habían opuesto a su elección. Cuando descendían, empezaban a sufrir las venganzas de quienes habían perseguido. En las monarquías esto no ocurría. Alberdi hacía notar que en la Argentina todas las revoluciones, desde el cambio de gobierno de 1810, habían sido hechas por las autoridades o fuerzas del ejército. Nunca habían sido populares “y si se hacen populares, la popularidad misma es oficial, es decretada, ordenada por el gobierno pretendiente contra el gobierno en decadencia”. Eran revoluciones “de palacio” apoyadas por revoluciones “de cuartel”. Los soldados se sublevaban por orden del gobierno, y el pueblo, por orden del gobierno y de los soldados. Insurrecciones oficiales, desobediencias de oficio. Alberdi era un ironista; pero sus ironías encerraban perfectas verdades. El pueblo nunca se había insurreccionado. El que quería insurreccionarse se dirigía a las fuerzas armadas. El liberalismo: en el Palacio de Justicia se alababa a los ladrones y asesinos; en el Parlamento, a los países extranjeros que atacaban a la nación; en la prensa, en cambio, se atacaba al gobierno y a las propias instituciones. Los liberales no hacían nada sin el gobierno y todo lo esperaban del gobierno. Nuestro

obstáculo no era España; éramos nosotros. Alberdi se preguntaba por qué teníamos carreras de abogados, de militares, de eclesiásticos, de médicos, y no teníamos carreras de magistratura (poder judicial), administración (poder ejecutivo) y publicista (poder legislativo). Actualmente se habla de crear estas carreras, o algunas de ellas, en nuestras universidades. Estamos tan atrasados como hace un siglo, cuando Alberdi escribía estas líneas. Peor aún: entonces no se cerraban universidades. Hoy, ministros nefastos, movidos por fuerzas tenebrosas, han cerrado excelentes universidades porque hacían sombra a las de sus mandantes. Los gobiernos de entonces —y de ahora— no gobernaban para poder existir. No mandaban para no ser desobedecidos. Todavía hoy no se ha podido eliminar una ley de alquileres que es una ruina, una injusticia monstruosa y una vergüenza nacional. Todo por miedo a unos cuantos inquilinos explotadores, ladrones oficialmente amparados. Es la administración de la ruina. “¡Qué de fortunas privadas no se han hecho —decía Alberdi— con la fortuna pública, a favor de la falta de gobierno!”. Y agregaba: “La república ha sido y es el pan de los presidentes, el oficio de vivir de los militares, la industria de los abogados sin clientes y de los periodistas sin ciencia, el refugio de los naufragos de todo género —la república actual de Sud América, bien entendido— y la máquina de amalgamación de todas las escorias. ¿Cómo no ha de tener partidarios exaltados?”.

Alberdi no disentía de la república abstracta, sino de la república con tiranía y con miseria. La república no tenía una nobleza titulada; pero tenía lo que se llamaba canalla, plebe, gentuza, populacho, chusma. La igualdad de clases no existía. La etiqueta, las ceremonias de los sudamericanos eran propias de los aristócratas europeos del antiguo régimen. Había una innoBLE igualdad. La república era defendida porque mucha gente, con ella, pedía gobernar, aunque fuese sobre ruinas. Todos decían: la nación soy yo. No era posible suprimir la república. Por tanto había que reformarla. Había que reemplazar la república débil por la república fuerte. En cuanto a la federación, decía Alberdi, “es el instrumento y la escalera para alcanzar el gobierno de una provincia y ejercerlo de un modo soberano y sin control”.

Los opositores a la monarquía eran, en Sud América, los militares vitalicios, los clérigos, otra “clase vitalicia y privilegiada que debe desaparecer en nombre de la república estricta o

conciliarse con las demás clases permanentes”, los doctores en leyes y en medicina, “patentados a vida por las universidades” para ejercer monopolios de administrar justicia y curar, y “los que afectan esa oposición sin abrirla en su alma, como los tartufos de la República, raza de hipócritas, que se llevan estudiando todas las flaquezas y miserias del pueblo para hablarle en su sentido y vivir de su favor”. Tomábamos de Europa su civilización y no tomábamos su monarquía. “La república en Sud América es un ídolo en quien nadie cree; pero al que todos saludan por una hipocresía de decoro americano, de conveniencia patriótica. Los republicanos de Sud América son como los paganos del tiempo de Jesucristo, como los católicos del tiempo de Voltaire”.

La historia argentina, enseñada en la época de Alberdi y también en la nuestra, presenta a Fernando VII, el rey de los argentinos, prisionero de los franceses y a los argentinos aprovechándose de esa situación para declararse independientes. “Nadie dirá —razonaba Alberdi— que es glorioso y heroico voltear a un rey caído, sacudir la autoridad de un rey atado de pies y manos por el extranjero. Prueba de que el mismo pueblo americano lo sentía así, cuando presentaba como movimiento de fidelidad el que lo era de revolución”. Alberdi, dominado en cierto modo por los prejuicios historiográficos de sus años, aún admitía a medias la fábula de la revolución en contra de España. Hoy, un análisis agotador de la documentación de aquellos sucesos, ha demostrado a la perfección que el movimiento fue sinceramente fidelista, que no se aprovechó el pueblo argentino de la prisión de Fernando para declararse independiente. No se declaró hasta el 9 de julio de 1816, cuando Fernando hubo manifestado terminantemente que no admitía ningún régimen de gobierno liberal, parlamentario y constitucional.

Alberdi recordaba que Garibaldi había llegado a América republicano y había vuelto monarquista. Massini era republicano porque no había practicado la república. La república Suiza lo había proscrito. En América, las repúblicas solían ser tiranías revestidas con el manto de la libertad. La dictadura era la traducción republicana de la monarquía absoluta. “Las repúblicas despóticas o tiranizadas se creen libres y dignas porque son capaces de heroísmo”. Pero heroísmo no es libertad. En las monarquías gobernaban los más capaces; en las repúblicas ocupa-

ban el poder los menos dignos. Los mejores se abstenían “de temor de la suerte que ha cabido a los mejores”. Todos habían sido víctimas del mérito de sus servicios a la patria. Alberdi hablaba a menudo por lo que la república argentina había hecho con él. Era la teoría y la experiencia unidas que inspiraban sus palabras. “En las repúblicas —decía—, el gran mérito expone al odio y a la persecución, como el crimen. Hacer el bien es como pegar fuego a una bomba; el que no huye sucumbe, si no tiene poder o fortuna. Es que el mérito es un título que llama al rango que todos desean; es decir, que es un obstáculo. Se busca la mediocridad, como garantía de sosiego; afectada o real, ella cede en mengua del país”. Los peores no se abstenían, apaleaban a la república para no ser devorados por ella. Como ejemplo, Alberdi recordaba algunos nombres. Ellos revelan, también, sus resentimientos políticos. “De ahí los Quiroga, Rosas, Monagas, Urquiza, Castilla, Mosquera, etcétera”. En la Europa monárquica, los grandes servidores del país vivían honrados y morían respetados y tranquilos. “Si la república no tiene hombres dignos, grandes reputaciones, es porque ella los devora física y moralmente. Cuando les deja la vida (porque no puede quitársela), les quita el honor; los mata moralmente”.

En el capítulo quinto de su obra, Alberdi quiso que los argentinos conocieran las opiniones de los grandes hombres de la patria acerca de la monarquía. El primero en ser analizado fue Belgrano. Había soñado con el trono de la infanta Carlota Joaquina en Buenos Aires para convertir toda la América española en una inmensa monarquía. Había acompañado a Rivadavia y a Sarratea en su misión, en 1815, destinada a obtener de Carlos IV y Fernando VII la autorización para coronar rey de América a un príncipe español. Había propuesto, ante el fracaso de su misión, por la derrota de Waterloo, la dinastía de los incas, que pesó como una opinión poco seria. Mitre había juzgado las ideas de Belgrano y su proyecto de Constitución monárquica como una “combinación tan inhábil como pueril, de error pasajero”. Alberdi, con otra severidad, aplaudía las ideas sensatas de Belgrano y decía de Mitre: “Sin duda deriva su competencia para calificar así la organización proyectada por Belgrano, en 1815, de la que ha dado él en 1862, copiando al gobierno del Japón, con dos capítulos, dos ejecutivos, cuatro cámaras o dos parlamentos, dos ejércitos, dos tesoros, dos deudas, dos créditos, comedia inmoral, compuesta solo para darse un puesto cómodo y

hacerse pagar un sueldo regio". Era la división de la Argentina en los dos Estados de Buenos Aires y de la Confederación que Alberdi tanto combatía.

El segundo prócer analizado fue San Martín. Su monarquismo, en otros tiempos discutido, hoy no deja dudas en lo que se refiere a una época de su vida. Sabido es que en 1821 propuso al virrey Laserna, en Lima, una monarquía constitucional que asegurase la independencia, la libertad y la seguridad de ese país. Los historiadores argentinos han insultado a menudo a San Martín presentándolo como un simulador o insincero, político innoble que proponía lo que no pensaba o estaba dispuesto a no cumplir. Hoy nadie pone en duda la honestidad de San Martín y la sinceridad de su palabra. San Martín aún no tiene una historia que diga toda la verdad de su vida. Cuando alguien adelanta algunas páginas, no faltan generales o coroneles, convertidos en vigilantes de las falsas glorias que se le han atribuido, que elevan inmediatamente las protestas airadas de sus cómicas grandezas morales. El ilustre historiador Restrepo, citado por Alberdi, en su *Historia de la revolución de Colombia*, recuerda que todos los jefes americanos adhirieron al plan de San Martín. Los españoles no lo aceptaron.

Bolívar vio cómo su secretario general José D. Espina, propuso al Consejo de Ministros iniciar una negociación para colocar los nuevos Estados de América bajo la protección de uno o más reinos de Europa. Bolívar llamaba la federación "la anarquía regularizada". El mejor gobierno para Colombia era, a su juicio, "un presidente vitalicio y un senado hereditario". Por ello su ministro Madrid, en Londres, expuso a Lord Aberdeen el proyecto de que Bolívar ocupase la presidencia hasta su muerte y luego se instalase en Colombia un rey electo previamente. La idea no fue aceptada.

Carlos de Alvear fue otro prócer analizado y defendido por Alberdi. La misión de Manuel José García, con su nota a Lord Strangford, en que pedía la protección inglesa, ha sido considerada una vergüenza. El temor a la llegada de la expedición española de veinte mil hombres la justifica. Alberdi, sin mencionar este hecho, expresaba que Alvear buscaba un refugio de orden y de libertad. Alvear no fue un convencido en la monarquía como lo eran Belgrano y San Martín. Alvear, político oportunista, buscaba su conveniencia y su salvación. Por ello quiso

entregarse más tarde a España, y pidió perdón y reveló el número de soldados que había en el país para que las fuerzas españolas pudiesen derrotarlos. Traición pura e insuperable.

Rivadavia hizo gala de republicano, pero en 1814 fue a buscar un rey a Europa en compañía de Belgrano y Sarratea. Su historia política está por hacer. Moreno, Posadas, todo el Congreso de Tucumán, eran monarquistas. Alberdi hizo notar que la Edad Media en Europa fue un conjunto de ciudades estados en Italia y de feudos en otras partes: naciones divididas, luchas continuas, etcétera. Las grandes monarquías del siglo XVI pusieron fin a esa anarquía. América independiente vivía también desunida, en federaciones que eran su ruina, en una verdadera Edad Media entre la época colonial, de paz, de unidad, de riqueza, y la época de la organización definitiva, entonces en vías de elaboración. La monarquía era practicable en América y en el Río de la Plata. Alberdi la proponía como democrática y constitucional. Ella dejaría en pie todas las glorias pasadas: “los colores argentinos blanco y azul”; la canción “Oíd mortales”; “la pirámide de Mayo; las estatuas...”. Alberdi proponía tomar a la monarquía la cosa y a la república el hombre: reyes con nombre de presidentes; monarquías con el nombre de repúblicas. “Al antiguo imperio de los Incas, al actual imperio del Brasil, podrían agregarse los imperios de Méjico, del Perú, del Plata, de Colombia”. Costaba menos sostener un trono que catorce gobiernos de provincia y uno nacional, con veinte legislaturas, quince ejecutivos, quince ministerios e innumerables tribunales. Los títulos de marqueses, condes, etcétera, podían ser substituídos por los de grandes de América o senadores. Sería la aristocracia de la libertad, no la del despotismo. La centralización gubernamental, un gobierno fuerte, eran los fundamentos de los nuevos gobiernos que debían salvar a América de su debilidad y de su desunión. Alberdi sabía perfectamente que los colores celeste y blanco eran los de la banda de los reyes de España y de la orden de Carlos III. “Yo no amo esos colores —decía Alberdi— aunque los respeto como patrios, no porque son españoles de origen (yo también lo soy), sino porque representan desgracia en el Plata y en España”. El azul era una especie de luto, color del cielo, patria de los muertos. Por ello proponía agregar el rojo de la vida, de la sangre, del sol que ameniza y fecunda. Las naciones federales sudamericanas se desunían, mientras que en los Estados Unidos se unían. Los sudamericanos habían convertido

las provincias en Estados. El gobierno central se había dividido en tantos gobiernos como provincias. La federación, en Sud América, había resultado división, separación. Los caudillos eran federales. Los que defendían la causa de la nación no eran federales. Los norteamericanos habían hecho de muchas provincias una nación; los sudamericanos hicieron de una nación muchas provincias soberanas.

En el capítulo octavo de su obra, Alberdi estudió las intervenciones. Eran legítimas o culpables según el motivo, justo o injusto, que la determinaba. Alberdi comprendió que eran necesarias y tuvo una visión profética que un siglo de experiencias y de realidades ha confirmado en todos sus pormenores. El mundo marchaba, a su entender, a unos Estados Unidos de Europa y a unos Estados Unidos de ambos mundos. Ya sabemos que Alberdi fue el creador moderno de la Sociedad de las Naciones. Por ello podía afirmar que “la doctrina de la no intervención irá perdiendo su sentido práctico, porque es inconcebible que un confederado no pueda intervenir en las crisis de su confederado que comprometen intereses suyos establecidos fuera”. El derecho de la intervención no era incompatible con el de la independencia. Podía considerarse paralelo al principio de la solidaridad de las naciones en sus destinos e intereses públicos. Alberdi hizo en esta ocasión una afirmación que involucra una profecía extraordinaria. Es una de las rarísimas veces en que las profecías históricas se cumplen. Sostuvo algo que en su tiempo no era posible concebir: la intervención de América en los problemas europeos. La doctrina Monroe había exigido la no intervención de Europa en América. Alberdi, por el contrario, sostenía la tesis opuesta: no la no intervención de América en los asuntos europeos, como deseaban los aislacionistas norteamericanos y suponían muy sensato los del Sud, sino la intervención obligatoria, ineludible, de América en Europa y en el mundo. Alberdi tenía una visión histórica y política de los problemas políticos mundiales como muy pocos hombres tenían en aquellos momentos y tuvieron después. He aquí sus palabras, íntegras, para que se aprecie lo acertado de sus afirmaciones:

“La América tendrá que intervenir en los negocios de Europa, en defensa de sus intereses propios, por causas como la que ha puesto en riesgo la integridad de los Estados Unidos, cuando Inglaterra y Francia han asumido esa neutralidad, en que Washington ha querido ver una hostilidad, propensa a repetir-

se. Los Estados Unidos tendrán que convencerse de que la seguridad de su integridad está en el Mar Negro o en Constantinopla, como la seguridad del principio monárquico en Europa puede estar comprometida en Méjico, en Washington o el Canadá.

La América se convencerá al fin de que no hay más correctivo de la intervención de Europa en América que el de la intervención de América en Europa”.

Nadie, repetimos, expuso ideas semejantes. Hoy comprobamos cómo Estados Unidos tiene verdaderas intervenciones en todo el mundo. Más que intervenciones se trata de guerras, como las que sostuvo en la primera y en la segunda guerra mundiales y las que mantuvo, posteriormente, en Corea, en Vietnam y otras partes. En cuanto a Europa, Alberdi admitía que podía tener su participación en los problemas americanos, “no para atacar su independencia ni comprimir su libertad, sino para robustecer esa independencia misma, que es un tesoro para la civilización material de Europa...”.

El derecho de intervención, explicaba Alberdi, era viejo como el mundo y “se ejerce con razón sobre un país cuando carece de gobierno y se muestra incapaz de constituirlo, aunque teniendo los elementos necesarios”.

Los pueblos buscaban siempre su felicidad. En Inglaterra, en 1688, los ingleses habían arrojado del trono a su príncipe de Gales para llamar al extranjero Guillermo de Orange, que les había traído la libertad. El patriotismo inglés había substituído a un rey compatriota por un holandés, extranjero, que se había britanizado y no había colonizado al país libertado. “Lo que ha hecho la gloria y la felicidad de la Inglaterra no puede hacer el deshonor de América y la desgracia de América”. La república, según Alberdi, era el despotismo de todos contra todos. Alberdi no consideraba traiciones los pedidos que Alvear había hecho a Inglaterra en 1815 ni los que el 4 de abril de 1829 había expuesto el secretario general de Bolívar, fundado “en las pocas esperanzas de consolidar los nuevos gobiernos americanos y las probabilidades de que se despedacen recíprocamente, si un Estado poderoso (de Europa) no interviene en sus diferencias o toma la América bajo su protección”. El 6 de julio, el secretario de Bolívar insistió con estas palabras: “La América necesita de un regulador, y con tal que su mediación, protección o influen-

cia, emanen de una nación poderosa del antiguo continente, y que con tal que ejerza su poder bastante para que en caso de ser desatendida e insuficiente su política, emplee la fuerza y haga oír la voz del deber, lo demás es cuestión de nombre". Posadas, recordaba Alberdi, había enviado a Europa la triple misión de Sarratea, Rivadavia y Belgrano, a pedir una monarquía, y San Martín había propuesto una monarquía al virrey del Perú. Ningún país americano se atrevía a pedir una intervención por temor a aparecer como traidor. No obstante, en Europa no había una sola nación "a quien la intervención de las otras en un momento dado no haya salvado de alguna crisis terrible, probada incurable por otro medio, dejando entera su independencia, de que hasta hoy es poseedora".

La monarquía podía llegar a América por voluntad de sus habitantes o por voluntad de un poder extranjero. Alberdi hacía saber cómo América podía evitar la suerte que había cabido a Méjico con el imperio de Maximiliano. "¿Cómo? ¿Desenvainando la espada con que San Martín, Belgrano y Bolívar echaron de América a la España? No: abrazando la monarquía con que San Martín, Belgrano y Bolívar querían salvar la independencia de América". La única manera de evitar las intervenciones era ofrecer al mundo paz y orden. En América todo era europeo: no solo los hombres, sino hasta los animales y las plantas más útiles. Si Europa no hubiese venido a América, los americanos habrían nacido en España en lugar de nacer en América. "Los mejicanos eran antropófagos. Comían la carne de sus prisioneros, y para eso suscitaban incesantes guerras, en que los sacerdotes eran cómplices por el interés de una parte en las víctimas. Engordaban en corrales a los prisioneros y los mataban para proveer con su carne el mercado". Transcribimos estas líneas, no por su originalidad, que no es tal, pues no hay un americanista que ignore esos hechos, vulgares por lo sabidos, sino para que se sepa que Alberdi los conocía muy bien, en un tiempo en que no eran tan divulgados. "¿Y quiénes son los más enemigos de que la Europa vaya a América? Los americanos que han abandonado a América para venir a vivir en Europa definitivamente".

Las repúblicas americanas estaban entonces más en contacto con Europa que con las otras repúblicas del continente. Alberdi se preguntaba: "¿Por qué pretendería el Río de la Plata uniformar su gobierno con Bolivia más bien que con Inglaterra?"

¿Hay más bolivianos que ingleses en la República Argentina? ¿Hay más capitales de Bolivia que de Inglaterra en la República Argentina? ¿Podría Bolivia comprarnos los cueros, las lanas, las carnes, que nos compra Inglaterra? ¿Podría enviarnos las mismas manufacturas? ¿Tendría buques para llevar a Europa nuestros productos y traernos los suyos? ¿Cambiamos tantas cartas con Bolivia como con Inglaterra? ¿Leemos los libros y periódicos de Bolivia tanto como los de Inglaterra? Ciertamente que no. Y entonces, ¿por qué daríamos una prueba de simpatía a Bolivia gobernándonos como ella, y daríamos a la Inglaterra otra de reserva rechazando su forma de gobierno?”. Alberdi aclaraba que lo que decía de Bolivia podía decirlo de las restantes repúblicas de Sud América.

Conservar la república era sacrificar la independencia, la paz y el progreso. Las leyes de Indias habían creado el odio al extranjero. Esas leyes no prohibían al colono comunicarse con el indio salvaje, pero le prohibían bajo pena de muerte comunicarse con ingleses, con holandeses, con franceses. Era el temor a las herejías y a otras ideas. “El patriotismo actual de los demagogos de América no es más que el coloniaje disfrazado con los trajes de la libertad”.

América no había buscado la república. Alberdi recordaba cómo se había ido a la independencia. “Cuando la Francia hizo caer la corona de España en 1808, y dejó sin su soberano a la América del Sud, la América en posesión de su independencia que no había buscado, vaciló, no supo qué hacer de ella. Se apoderó y usó de ella en nombre del rey de España destronado y prisionero, como hizo la misma España. A eso se redujo la revolución de 1810”. Es la verdad más pura de la historia, que nosotros hemos documentado en varios libros nuestros, irrefutable, pero discutida con mala fe por pseudohistoriadores. Ninguna república ayudó a los americanos en su lucha por la independencia. No lo hizo Estados Unidos, ni solió hacerlo Suiza. La apoyaron, en cambio, algunas monarquías. Si América quería la civilización de Europa debía adoptar su forma de gobierno, que era la monárquica. América no había perdido una pulgada de terreno por culpa de Europa. En cambio, cada país de América había arrebatado a otro grandes porciones. El congreso americano que tanto deseaban los países del continente, sin ser capaces de llevarlo a cabo, existía de hecho en París, donde tenían sus representantes diplomáticos todas las repúblicas americanas.

Era en París y no en América donde un paraguayo veía a un mejicano y un mejicano a un paraguayo. En América nadie podía decir la verdad en su país. Tenía que decirla en un país vecino. "Cada república es la tribuna de las demás, y el lugar natural de todo el que se da a la vida pública es, por lo común, el país que no es el suyo". Los gobiernos no oían más verdades que las que venían del exterior.

Alberdi era un convencido que la autoridad fuerte era la única que podía dar a América poblaciones, capitales y alianzas y sacarla de su triste situación. Era el solo medio de afianzar la independencia. Un gobierno antieuropeo la haría presa de los Estados Unidos. La monarquía sería el gobierno más económico y el más conciliable con las costumbres sudamericanas. Los grandes hombres de América habían sido todos monárquicos. Los americanos gobernarían; el rey reinaría, haría gobernar por la aristocracia, es decir, por la capacidad y los elegidos por el pueblo. La república no había sido el objeto de la revolución, no había salido de la voluntad del pueblo. Europa, al negar reyes a América, la había hundido en la república y en todas sus desgracias. América se había sumido en la anarquía. Este estado de cosas, "en que el pueblo no es realmente señor y soberano de sí mismo, solo ha cesado cuando el gobierno se ha posesionado de todos los poderes públicos, excluyendo de su gestión al pueblo mismo. Entre la anarquía y el despotismo, los pueblos de Sud América han vivido y viven en una condición que se caracteriza alternativamente por la ausencia del orden y por la ausencia de la libertad, dos cosas que no son sino el gobierno, considerado bajo dos aspectos". Ahora bien: un gobierno de orden no era otra cosa que un gobierno fuerte. Este era el gobierno que reclamaban los Estados de América. La fuerza dependía de dos condiciones de formas conocidas: la centralización y la inamovilidad en lo interior, y las conexiones con los poderes capaces de dar fuerza en lo exterior. Los elementos de la fuerza y del poder se encontraban en la alianza y unión con Europa. Con ellos sostendrían el orden. "Por el gobierno a la europea no entiendo el gobierno monárquico, sino el gobierno centralizado e inamovible, sea cual fuere su nombre o su forma externa". América conservaría siempre la independencia y la soberanía.

Alberdi concluyó su voluminosa obra con estos resúmenes que creemos necesario transcribir íntegramente para conocer su pensamiento sin otras interpretaciones:

“Si la reflexión nos demuestra que es imposible establecer en América la civilización de la Europa de otro modo que por el sistema de gobierno que la hace florecer en Europa, ¿será nuestro deber negar que ese es el gobierno que le conviene al logro del grande objeto de la revolución de la independencia que fue la civilización del Nuevo Mundo?

Y aunque la república federalista, considerada en abstracto, nos parezca la reina de las formas de gobierno, la corona de las coronas mismas, si ella no es la más capaz de aclimatar en América la civilización de la Europa, que la revolución tuvo en mira; si no es la que puede darnos un poder fuerte y una paz sólida, a cuya sombra se agranden rápidamente la población, la riqueza, el bienestar del país, ¿tendremos que persistir en que la república, tal cual hoy existe, sirve a las miras civilizadoras y progresistas de la revolución de América?

No rechazemos del todo la república si tanto nos gusta; pero sepamos el precio que nos cuesta, los obstáculos que nos suscita y las reformas que la harían más útil para las miras de la revolución.

La república, en abstracto, es el ideal del gobierno; es el gobierno de los dioses. Pero pretender gobernar como dioses es un poco inmodesto para hombres que más viven como diablos.

No olvidemos que en la realidad de la vida americana, la república es Bolivia, es Venezuela, es Nicaragua, es el Perú, es decir, el martirio de los pueblos, el tormento de los patriotas, según las palabras de Simón Bolívar, que tenía derecho a juzgar de ese modo su obra, pues a él debe en gran parte su existencia la república. Esa es la clase de república de que hablamos, no de la república de Platón, ni de las repúblicas de los Estados Unidos de América y Chile, cuando señalamos los inconvenientes y obstáculos que esa forma opone a los progresos de la civilización de Sud América”.

A los pocos años de escrito este libro, Alberdi estampó en 1867 una nota final a su obra. Es el desengaño de muchas de sus teorías. No sabemos qué fuerzas o hechos lo indujeron a cambiar su manera de pensar. La nota, sin comentarios y como final de este examen de su pensamiento monárquico, es la siguiente:

“1867. Los experimentos realizados en las dos Américas desde 1862 a 1867; las cuestiones de Estados Unidos, Méjico, Chile, Perú, Brasil, etcétera, han modificado profundamente mis ideas en la materia de que se trata en los siete libritos manuscritos que preceden. El que juzgase por ellos de mis ideas actuales se engañaría totalmente. Creo siempre que la civilización de Sud América no ha de ser sino la civilización de la Europa aclimatada en esa parte del Nuevo Mundo; pero dudo que esa aclimatación envuelva la del gobierno monárquico como elemento de la civilización europea. Felizmente, la monarquía no es el gobierno a la europea, más aclimatable en Sud América que el gobierno a la norteamericana, copiado como Méjico y Buenos Aires”.